

I

A Féder, uno de los muchachos con mejor porte de Marsella, lo expulsaron de su casa paterna con diecisiete años; acababa de cometer una falta gravísima: se había casado con una actriz del Grand-Théâtre. Su padre, un alemán de moral estricta y también rico comerciante afincado en Marsella desde hacía mucho tiempo, maldecía cuarenta veces al día la ironía francesa y a Voltaire; y lo que quizás más le indignó del curioso matrimonio de su hijo fueron ciertas afirmaciones frívolas *a la francesa* con las que éste intentó justificarse.

Fiel a la moda, si bien había nacido a doscientas leguas de París, Féder alardeaba de despreciar el comercio, aparentemente porque era el oficio de su padre; además, como disfrutaba viendo algunos buenos cuadros antiguos del

museo de Marsella y odiaba ciertas mamarrachadas modernas que el gobierno envía a los museos de provincia, llegó a imaginarse que era artista. Sólo tenía del verdadero artista el desprecio por el dinero, y aun aquel desprecio se debía sobre todo al horror que le causaba el trabajo de oficina y los quehaceres de su padre, de los que sólo veía los sinsabores superficiales. Michel Féder, que proclamaba a todas horas su rechazo a la vanidad y a la frivolidad de los franceses, se guardaba mucho de confesar ante su hijo los divinos placeres de vanidad que le granjeaban los elogios de sus socios cuando iban a compartir con él los beneficios de alguna sabrosa especulación que había salido de la cabeza del viejo alemán. Éste se indignaba con que, a pesar de los sermones morales que les echaba, sus socios convirtiesen enseguida los beneficios en salidas al campo, en cacerías al aire libre y en otros disfrutes materiales. Para él, encerrado en la trastienda, un tomo de Steding¹ y una gran pipa eran todos los placeres con los que soñaba; y amasó millones.

Cuando Féder se enamoró de Amélie, una joven actriz de diecisiete años, recién salida del Conservatorio y muy aplaudida en el papel del *Petit*

1. Nombre que a Stendhal le gustaba utilizar a menudo para designar en general a los filósofos alemanes, cuyas teorías difusas no eran muy de su agrado.

Matelot,² sólo sabía dos cosas: montar a caballo y hacer retratos en miniatura; aquellos retratos eran de un parecido sorprendente, no se les podía negar dicho mérito, pero ése era el único mérito que podía justificar las pretensiones del autor. Eran de una fealdad atroz y sólo conseguían parecerse exagerando los defectos del modelo.

Michel Féder, conocidísimo regente de la casa «Michel Féder y Cía», preconizaba todo el día la igualdad natural, pero no pudo perdonarle a su único hijo haberse casado con una actriz del tres al cuarto. En vano el procurador encargado de protestar las letras de cambio dirigidas al negocio le hizo la observación de que el matrimonio de su hijo lo había oficiado un simple capuchino español (en el Midi francés, aún no se han tomado la molestia de entender el matrimonio civil); Michel Féder, nacido en Nuremberg y católico a ultranza, como se suele ser en Baviera, juzgaba indisoluble cualquier matrimonio en el que hubiese intervenido la dignidad del sacramento. La extremada vanidad del filósofo alemán quedó maltrecha sobre todo por una suerte de dicho provenzal que enseguida se hizo popular en Marsella:

2. *Le Petit Matelot*, («El marinerito»), ópera en un acto, con letra de Pigault-Lebrun, de P. Gaveaux, estrenada en el teatro de la calle Feydeau en enero de 1796, fue representada en Marsella durante la estancia de Stendhal en esta ciudad.

«El señor von Féder, bávaro riquito,
ahora es el suegro de la *marinerito*».

Ultrajado por aquel nuevo atentado cometido por la ironía francesa, juró que no volvería a ver a su hijo jamás, le envió mil quinientos francos y la orden de que no se presentase nunca más ante él.

Féder dio saltos de alegría al ver los mil quinientos francos. Con dificultades sin fin había conseguido reunir, por su cuenta, una cantidad más o menos similar, y al día siguiente salió hacia París, *centro de la intelectualidad y de la civilización*, con la *marinerito*, encantada de volver a ver la capital y a sus amigos del Conservatorio.

Unos meses después, Féder perdió a su mujer, que murió dejándole una hijita. Pensó que su deber era anunciarle a su padre aquellos dos graves sucesos, pero unos días más tarde supo que Michel Féder se había arruinado y dado a la fuga. Su inmensa suerte le había vuelto la espalda; la vanidad le había hecho soñar con ser dueño de todas las sábanas de cierta clase que se fabricaban en Francia; quería que se bordase en los bordes de las sábanas las palabras: *Féder von Deutschland* (Féder de Alemania), y después subir al doble el precio que tenían en aquel momento las sábanas, que, naturalmente, se llamarían *sábanas Féder*, inmortalizándolo así para siempre. A aquella idea, no poco francesa, le sucedió la bancarrota más absoluta, y nuestro hom-

bre se vio con mil francos de deudas y una niñita en medio de aquel París que desconocía completamente, convirtiendo así en quimeras, salidas de su imaginación, todas las imágenes de la realidad con las que se cruzaba.

Hasta entonces Féder no había sido nada más que un presumido, en el fondo excesivamente orgulloso de la fortuna de su padre. Pero, por suerte, la pretensión de convertirse algún día en un artista célebre le había llevado a leer con devoción a Malvasia, a Condivi y a otros historiadores de los grandes pintores de Italia. Casi todos habían sido pobres, muy poco intrigantes y maltratadísimos por la fortuna; así, sin darse cuenta, Féder se había acostumbrado a ver como bastante dichosa una vida llena de ardientes pasiones y a no preocuparse demasiado por las penurias de dinero y de indumentaria.

A la muerte de su esposa, Féder ocupaba un pequeño alojamiento amueblado en el cuarto piso de la casa del señor Martineau, un zapatero de la calle Taitbout que vivía con decente holgura y, además, disfrutaba de la honra de ser cabo en la guardia nacional. La madrastra naturaleza había dotado al señor Martineau de la nada marcial estatura de cuatro pies y diez pulgadas; pero el artista del calzado había encontrado una manera de suplir aquella molesta carencia: se había hecho unas botas con tacones de dos pulgadas de altura a lo Luis XIV, y solía

llevar un magnífico gorro alto de pelo de dos pies y medio. Enjaezado de aquella guisa, había tenido la suerte de *hacerse* con una bala en el brazo en una de las revueltas de París. Aquella bala, permanente objeto de las cavilaciones de Martineau, le cambió el carácter e hizo de él un hombre de pensamientos nobles.

Cuando Féder perdió a su mujer, debía cuatro meses de alquiler al señor Martineau, es decir, trescientos veinte francos. El zapatero le dijo:

—Es usted desgraciado, no quiero en absoluto ofenderle, hágame un retrato de uniforme, con mi gorro oficial, y quedaremos en paz.

El retrato, de un parecido inmundado, causó admiración en todas las tiendas circundantes. El cabo lo colocó al lado del espejo sin azogue que, según la moda inglesa, se pone en la parte delantera de las tiendas. La compañía entera de la que formaba parte el señor Martineau fue a admirar *aquella pintura*, y algunos guardias nacionales tuvieron la brillante idea de fundar un museo en el ayuntamiento de su distrito. El museo estaría compuesto por los retratos de todos los guardias nacionales que hubiesen tenido el honor de ser heridos o de haber caído en combate. Al contar la compañía con otros dos heridos, Féder les hizo los retratos, también de un parecido infame, y en el momento del pago, respondió que había sido demasiado grande la dicha de poder

reproducir los rostros de *dos grandes ciudadanos*. Aquella frase significó su fortuna.

Acogiéndose a la prerrogativa de las personas bien educadas, Féder se burlaba con finura de los honrados ciudadanos a los que se dirigía; pero la vanidad glotona de aquellos héroes se tomaba todos los cumplidos al pie de la letra. Varios guardias nacionales de la compañía, y después del batallón, se hicieron el siguiente razonamiento: «Me pueden herir e incluso, dado que el sonido de los disparos tiene un poder sorprendente sobre mí y me empuja a grandes hazañas, podría muy bien suceder que un buen día me mataran, y entonces es menester para mi gloria tener listo mi retrato de antemano, con el fin de que se pueda colocar en el museo de honor de la segunda legión».

Antes de la ruina de su padre, Féder nunca había hecho retratos para ganar dinero; al ser ahora pobre, anunció que sus retratos costarían cien francos al público en general y solamente cincuenta francos a los valerosos guardias nacionales. Aquel anuncio probaba que Féder había adquirido algún conocimiento práctico desde que la quiebra de su padre lo había obligado a renunciar a los amaneramientos propios de la vanidad del artista. Al ser de un trato de lo más afable, se puso de moda en la legión invitar a comer al joven pintor el día de la inauguración del retrato mediante el

cual el cabeza de familia podía ya aspirar a la inmortalidad.

Féder tenía una de esas agraciadas caras regulares y finas que a menudo se ven en Marsella en medio de las vulgaridades de la Provenza actual y que, después de tantos siglos, recuerdan los rasgos de los focenses que fundaran la ciudad. Las *damas* de la segunda legión supieron enseguida que el joven pintor se había atrevido a desafiar la ira de un padre, inmensamente rico en aquel momento, para casarse con una muchacha sin más fortuna que su belleza. Aquella conmovedora historia no tardó mucho en revestir circunstancias novelescas que llegaban al delirio; dos o tres *valientes* de la compañía de Martineau, que resultaron ser de Marsella, se encargaron de contar las sorprendentes locuras a las que llevó a nuestro héroe un amor como no se había visto nunca, por lo que, como no podía ser de otra manera, Féder tuvo éxito entre las damas de la compañía; después, a varias damas del batallón, e incluso de la legión, les pareció amable. Tenía, a la sazón, diecinueve años y, a base de malos retratos, había conseguido pagarle lo que le debía al señor Martineau.

Uno de los maridos en cuya casa solía cenar con el pretexto de dar clases de dibujo a dos niñas resultó ser uno de los proveedores más ricos de la Ópera y le abrió no pocas puertas allí.

Féder empezaba a no dejarse guiar en su comportamiento por las locuras de su imaginación y, mediante el contacto con todas aquellas vanidades de baja estofa, tan vulgares a la par que crueles de entender, ¡había ido adquiriendo cierto ingenio! Agradeció mucho el favor a la *dama* que se lo había proporcionado, pero declaró que, a pesar de su loca pasión por la música, no podría disfrutar de ella: desde sus *desgracias* (a menudo pronunciaba aquella palabra de buen tono), es decir desde la muerte de la mujer con la que se había casado por amor, las lágrimas con las que tanto se prodigaba le habían debilitado los ojos y le resultaba imposible ver el espectáculo desde ningún lugar de la sala, al ser las luces tan deslumbrantes. Aquella objeción, muy respetable por el origen que tenía, hizo que Féder, tal como esperaba, pudiera meterse entre bambalinas, y hasta obtuvo el segundo privilegio de ir convenciendo a los valientes de la segunda legión de que el intimar con el joven pintor no representaba ningún peligro para sus esposas. Nuestro joven marsellés tenía entonces a tiro, como suele decirse en las tiendas, algunos billetes de quinientos francos, pero estaba muy incómodo por los éxitos que obtenía con las dueñas de las tiendas. Su imaginación, que seguía siendo alocada, lo había convencido de que la felicidad se da cerca de las mujeres de buena crianza, es decir de aquellas que tienen bonitas manos blancas, ocupan

suntuosos aposentos en el primer piso y tienen sus propios caballos. Electrizado por aquella quimera que le hacía soñar de día y de noche, se pasaba las veladas en las Bouffes,³ o en los salones de Tortoni,⁴ y se había alojado en la zona más elegante del Faubourg Saint-Honoré.

Imbuido de la historia de los usos y costumbres bajo el reinado de Luis XV, Féder sabía que existe una relación natural entre las primeras figuras de la Ópera y los personajes más principales de la monarquía. Veía en cambio elevarse un muro infranqueable entre los tenderos y las buenas compañías. Al llegar a la Ópera, buscó entre los dos o tres grandes talentos de la danza o el canto a un ser que le pudiera ayudar a discernir las buenas compañías y a abrirse paso entre ellas. El renombre de Rosalinde, la célebre bailarina, era europeo: tal vez tuviera treinta y dos primaveras, pero seguía teniendo un aspecto muy agradable. Su porte se distinguía por una nobleza y una gracia cada vez menos frecuentes en nuestros días, y tres veces al mes se hacían eco del buen tono de sus modales cuatro o cinco de los periódicos más importantes. Unas crónicas muy bien hechas, pero que costaban sus buenos quinientos francos, acabaron por decidir la elección de Féder,

3. Teatro parisino, inaugurado en 1855, donde se daban muchas funciones de óperas bufas.

4. Café restaurante mundano y muy conocido.

a quien el *buen tono* de los tenderos empezaba ya a desesperar.

Tras estudiar el terreno durante un mes y dando a conocer, gracias aún a la guardia nacional, sus desgracias en la zona de bambalinas, por fin se decidió por el *medio para conseguirlo*.

Una velada en que Rosalinde estaba bailando en un ballet de moda, Féder, que se había situado convenientemente detrás un pantalla de árboles que estaba en el proscenio, se desvaneció de admiración en el momento en que caía el telón; y cuando la bella Rosalinde, abrumada por los aplausos, se metió en los bastidores, halló a todo el mundo atareado en torno al joven pintor, que ya era conocido por *sus desgracias* y cuyo estado despertaba inquietud. Rosalinde debía sus talentos, realmente divinos en la pantomima, a una de las almas más sensibles que ha habido en el mundo teatral. Les debía sus modales a cinco o seis grandes nombres que habían sido sus primeros buenos amigos. Le conmovió el destino de aquel joven que ya había conocido tantas desdichas en la vida. Su rostro le pareció de una singular nobleza y su historia le cautivó la imaginación.

—Dejadle que os bese la mano —dijo una anciana figurante que sostenía los frascos de sales junto a la cara de Féder—; si está así, es por amor hacia vos. El pobre carece de fortuna personal, pero está locamente enamorado, qué *mala estrella...*

Rosalinde se fue y al poco regresó con las manos y los brazos perfumados con el olor que estaba por entonces más en boga. ¿Es necesario añadir que el joven marsellés despertó del profundo desmayo poniendo una cara de lo más conmovedora? En aquel momento, se sentía tan molesto por haber permanecido tres cuartos de hora con los ojos cerrados y sin hablar, en medio de tanta cháchara, que sus miradas, siempre muy vivas, lanzaban llamaradas. Rosalinde se sintió tan profundamente conmovida por aquel accidente que quiso llevárselo en su carruaje.

A Féder no le falló el ingenio para saber acomodarse a la situación que se había labrado y menos de un mes después de aquella primera entrevista, tan bien llevada, la pasión de Rosalinde se desastó de tal modo que hasta las gacetillas se hicieron eco de ella. Aun siendo muy rica, dado que la práctica de las artes destruye en las mujeres la *prudencia del dinero*, Rosalinde quiso casarse con Féder.

—Tenéis treinta, cuarenta mil libras de renta o más, no lo sé —dijo Féder a su amiga—; mi amor por vos es para toda la vida pero creo que sólo podré casarme honorablemente con vos cuando yo mismo haya reunido al menos la mitad de tal cantidad.

—Deberás someterte a ciertas actuaciones algo penosas. Pero no importa, sigue mis consejos, ángel mío, ten paciencia y en dos años te habré puesto

de moda. Entonces cobrarás tus retratos a cincuenta *luis* y, a los pocos años, haré que te nombren miembro del Instituto;⁵ una vez llegado a la cúspide de la gloria, te permitirás tirar los pinceles por la ventana, todo el mundo sabrá que has juntado los seiscientos *luis* de renta: entonces el matrimonio por amor se convertirá en un matrimonio de conveniencia y, naturalmente, te encontrarás a la cabeza de una fortuna de más de veinte mil escudos, pues yo también ahorraré.

Féder juró que se sometería a todos sus consejos.

—Pero a vuestros ojos me convertiré en una pedante enojosa, ¡y me aborreceréis!

Féder prometió solemnemente una docilidad que sería igual a su amor, es decir infinita. Pensaba que el camino penoso que le iban a preparar era el único que podía conducirlo a aquellas mujeres de la alta sociedad, que su imaginación le pintaba divinamente bellas y amables.

—Pues bien —dijo Rosalinde, suspirando—, empecemos con mi papel de dama pedante, más

5. Se trata del Institut de France, que reúne al Collège de France o Collège Royal y a la Académie des Inscriptions et Belles Lettres. Es una especie de suprauniversidad, donde los grandes sabios franceses, o pintores y artistas son nombrados (en general al final de sus carreras, pero a veces más jóvenes) en reconocimiento a sus méritos.

peligroso para mí que ninguno de los que he representado en mi carrera. Pero júrame que me avisarás cuando empiece a aburrirte.

Féder juró para resultar creíble.

—Bueno, primero —continuó Rosalinde—, tu vestimenta es demasiado llamativa; sigues demasiado las modas alegres: ¿acaso te has olvidado de *tus desgracias*? Has de seguir siendo el desconsolado marido de la bella Amélie, tu esposa. Si todavía tienes coraje para soportar la vida, es sólo para honrar la imagen que te queda de ella. Voy a proponerte un atuendo sumamente distinguido y que desesperará a nuestros *jockeys* si, por ventura, tuviera alguno la pretensión de imitarte. Cada día, antes de salir, haré como hace el general con la tropa: pasaré revista a *tu aspecto*. Luego, te suscribiré al *Quotidienne*⁶ y a la colección de las obras de los Santos Padres. Cuando tu padre se marchó de Nuremberg, era un noble; tú eres noble también, por lo que has de ser creyente. Aunque vivas con desorden, albergarás todos los sentimientos de la más elevada piedad, y esto es lo que más adelante ratificará y santificará nuestro matrimonio. Si aceptas cobrar tus retratos a cincuenta *luis*es y no faltas nunca ni bajo ningún pretexto a tus deberes de cristiano, tendrás un brillante porvenir. Y a la espera

6. Periódico bienpensante, órgano del Partido Legitimista, bajo la Monarquía de Julio, leído por la burguesía comerciante y la nobleza.

de los éxitos seguros que te otorgará la conducta un poco *fastidiosa* que me encargaré de obligarte a seguir, quiero arreglar con mis propias manos la casa donde recibirás a las jóvenes damas que pronto se disputarán el placer de hacerse un retrato con un joven tan singular y apuesto. Ya verás qué tristeza más austera se respirará en tus aposentos; pues has de saber que si no consientes en *estar triste en la calle*, deberás renunciar absolutamente a todo y condenarte a la desdicha de casarte conmigo hoy mismo. Dejaré mi casa de campo, elegiremos otra a veinticinco leguas de París, en algún lugar apartado. Nos saldrá caro en gastos de correo, pero tu buen nombre quedará a salvo. Allí, rodeado de buena gente de provincias, podrás ser todo lo loco que te pida tu alma meridional, pero en París y en sus alrededores habrás de ser, ante todo y en todo momento, el *marido desconsolado*, el *hombre bien nacido* y el *cristiano respetuoso con sus obligaciones*, aun viviendo con una bailarina. Por muy fea que sea yo y tu Amélie fuese muy guapa, darás a entender que si te has prendado de mí es porque te la recuerdo, y el día que te encontraste indispuerto en la Ópera (Rosalinde se echó en sus brazos) se debió a que en el ballet en que yo actuaba acababa de hacer un gesto idéntico a otro que hacía Amélie en su papel de *marinerito*.

Justamente para poder llegar a una conversación de aquel tipo, Féder se había aburrido una

hora entera el día del desmayo entre los bastidores de la Ópera, pero nunca imaginó un régimen tan severo. ¿Cómo? Él, por lo general tan jovial y activo, tener que hacer el papel de melancólico...

—Antes de contestarte, adorada mía —le dijo a Rosalinde—, dame unos días de reflexión. Haz que esté afligido si quieres verme andar por los bulevares con aspecto triste.

—Harás lo mismo que yo al principio de mi carrera —le contestó Rosalinde—. En aquella época el público era necio; había que andar con los pies hacia fuera y, a cada paso, tenía que estar muy atenta a cómo ponía los pies, pues diez minutos de paseo despreocupado, con los pies a su aire, me ponían en entredicho durante una semana.⁷ Por lo demás, o lo tomas o lo dejas. Si no adoptas sin dudarle este aire de melancolía, si no lees todos los días el *Quotidienne*, para poder repetir, en caso de necesidad, todos sus razonamientos cuando te mezcles en las conversaciones serias, nunca serás miembro del Instituto, nunca tendrás quince mil libras de renta, y harás que me muera de dolor —añadió riéndose—, pues nunca me convertirás en señora Féder.

7. Alusión al modo de bailar de las bailarinas profesionales, con las puntas de los pies hacia fuera. Cuando Rosalinde caminaba con los pies en una posición normal, la gente lo notaba y se lo afeaba durante una semana.

Entonces llegaron dos o tres meses muy penosos; nuestro protagonista tuvo muchas dificultades para adoptar aquella pose melancólica. Lo peor para una naturaleza meridional viva y sensible como la suya fue que al fingir tanta tristeza se volvió triste, y nada podía servirle de antídoto.

Rosalinde lo adoraba, era ingeniosa como un demonio. Encontró un remedio: compró dos pantalones y una traje de moda, pero totalmente raídos. Hizo que los limpiasen y los volvieran a teñir. Le añadió un reloj de bronce dorado, un sombrero con una forma exagerada y un alfiler de diamantes falsos. Cuando hubo reunido toda la vestimenta, un día que Féder estaba sumido en sus humores sombríos de tanto fingir la melancolía en el Bulevar durante dos largas horas, le dijo:

—Esto es lo que mi sabiduría acaba de decidir —exclamó Rosalinde con aire solemne—: vamos a cenar temprano, y te voy a vestir de pasante de notario, te llevaré a la Chaumière;⁸ allí permitiré que repitas todas las locuras que cometías antaño en los bailes de los pueblos cercanos a Marsella. Primero me dirás que te vas a aburrir en el baile de la Chaumière; y yo te contestaré que, a poco que te apliques

8. La Chaumière era un restaurante-taberna donde había bailes populares; lo frecuentaba el pueblo y la pequeña burguesía.

en representar el papel de un Deschalumeaux⁹ muy ridículo, y en bailar haciendo cabriolas, como lo hacéis en el Midi, no te aburrirás demasiado. Por cierto, después de dejarte en la Chaumière, correré a ver a Saint-Ange (era un viejo y noble bailarín retirado), quien me dejará que lo coja del brazo, y vendré a disfrutar de tu farsa. Pero haré como que no te conozco; sería demasiado peligroso. No hablaré, pues de lo contrario no tendría mérito para ti, y, para poder divertirme yo misma un poco, convenceré a Saint-Ange de que nos hemos enfadado y escucharé, señor, las bonitas cosas que me dirá sobre vos.

La fiesta, pactada de aquel modo, fue de lo más jovial. Rosalinde añadió episodios divertidos. Se dejó cortejar por dos o tres jovencitos de la Chaumière: la habían reconocido y ella les lanzaba miradas cargadas de pasión.

La idea tuvo tanto éxito que la repitieron varias veces. Rosalinde, que observaba el comportamiento de Féder, le daba consejos y, a base de reiterarle que sólo se divertiría de verdad si fingía, de la misma manera que fingiría en el escenario de un teatro, consiguió convertirlo en un pasante de notario mucho más ridículo y más amanerado en su imitación

9. *Monsieur Deschalumeaux ou la soirée de carnaval*, ópera bufa en tres actos, música de Pierre Gaveaux, (París, Opéra-Comique, 17 febrero 1806).

de los buenos modales, pero mucho más divertido también que todos los demás.

—Esto sí que tiene gracia —le dijo Féder a Rosalinde—: después de haberme pasado una velada entera llevando a cabo burlescamente todas las locuras que, ayer por la noche, me parecían divertidas, hoy me ha resultado mucho más fácil reproducir en el Bulevar los gestos desvaídos y la mirada carente de interés del hombre abrumado por los *recuerdos de la tumba*.

—Estoy encantada de verte andar solo; estás llegando a algo que he tenido tentaciones de decirte veinte veces, pues es el gran principio de mi oficio de actriz. Pero prefiero que hayas conseguido por tu cuenta tener esas sensaciones. Bueno, mi Féder querido, vosotros los meridionales que pretendéis vivir en París no sólo debéis actuar en clave de *comedia melancólica*, sino que debéis actuar *siempre*; esto es, ni más ni menos, lo que hay, amiguito mío. Vuestra jovialidad y energía, la presteza con la que reaccionáis en la conversación, chocan al parisino, que es de natural un animal lento y con un alma muy *empapada* por las brumas. Vuestra alegría los irrita, parece que les hacéis pasar por *viejos*, que es lo que más detestan. Entonces, para vengarse, dicen que sois burdos e incapaces de apreciar las *ingeniosas palabras* que son la pesadilla de dicha de todo parisino. Así que, mi querido Féder, si quieres

triunfar en París, en los momentos en que no digas nada, adopta la pose del hombre desdichado y desalentado que está empezando a tener un cólico. Apaga esa mirada viva y jovial que te es tan natural y que tanto me gusta. Sólo te puedes permitir esa mirada tan peligrosa aquí, en tus encuentros a solas con tu amada. En cualquier otro lugar, piensa en ese *conato de cólico*. Mira tu retrato de Rembrandt, fíjate cuán avaro es con la luz. Los pintores decís que esa falta de luz es lo que explica su gran efecto. Pues bien, en París, no digo ya para tener éxito, sino simplemente para ser tolerado y para que la opinión pública no os defenestre, has de ser muy poco pródigo con la jovialidad y con esa rapidez de movimientos propias de vuestras tierras sureñas. Piensa en Rembrandt.

—Ángel mío, creo que honro a la amante que me llena de dicha enseñándome cómo estar triste; ¿sabes lo que me ocurre? Las cosas me salen demasiado bien. Los desdichados a los que retrato parecen aún más apesadumbrados que de costumbre; mi conversación melancólica los deja anonadados.

—Ciertamente —exclamó Rosalinde, exultante—, olvidé decirte que me he enterado por diferentes fuentes de que se te reprocha estar tan triste.

—Nadie querrá saber nada de mí.

—Pinta tal como las ves a todas las mujeres que tengan menos de veintidós años; ponles alegremente veinticinco años a todas las mujeres de treinta y cinco, y a las dulces abuelitas que se hacen retratar con el pelo blanco, dales alegremente unos ojos y unos labios de una mujer de treinta años. En este aspecto me resultas de una timidez bastante torpe. Es el abecé de tu profesión. Halaga sin tasa, como si quisieras burlarte de la buena gente que viene a retratarse. Hace apenas ocho días, al pintar el retrato de esa anciana que tenía unos labios pequeños muy bonitos, le pusiste cuarenta y cinco años y sin embargo tenía sesenta. Vi perfectamente, a través de la mirilla que he abierto en tu cuadro de Rembrandt, que estaba muy enfadada y, como la pintaste como si tuviera cuarenta y cinco, te hizo repetir dos veces el peinado.

Un día, delante de Rosalinde, Féder le dijo a un amigo:

—Estos guantes de apenas un franco que me ha vendido el portero del teatro son en verdad igual de buenos que aquellos por los que nos piden tres francos.

El amigo sonrió y no contestó.

—¿Cómo es posible que digáis todavía cosas así? —exclamó Rosalinde cuando se hubo alejado el conocido—. Esto retrasará tres años vuestra entrada en el Instituto; ¡matáis, como por gusto, la

consideración que estaba a punto de surgir! Puede que alguien sospeche que sois pobre, así que no habléis nunca de cosas que denoten la costumbre de ahorrar. No habléis nunca de lo que tenga el menor interés para vos en ese momento, ya que esa debilidad puede tener consecuencias de lo más deplorables. ¿Acaso es tan difícil hacer siempre teatro? Representad el papel de hombre amable y preguntaos siempre: «¿Qué le podría gustar a este extravagante que tengo ante a mí?». El Príncipe de Mora-Florez, que me dejó en herencia cien mil francos, me repetía a menudo esta máxima. Habíais captado perfectamente, cuando vivíais con los valerosos guardias nacionales de vuestra legión, que el parisino que vuelve de Siberia ha de decir que no hace demasiado frío allí, igual que exclamaría, al llegar de Santo Domingo, que en realidad no hace allí tanto calor. En definitiva, me decíais que para ser amable en esta tierra hay que decir lo contrario de lo que espera vuestro interlocutor. ¡Y sois vos ahora quien se pone a hablar de algo tan miserable como el precio de un par de guantes! Ganasteis con vuestro taller el año pasado cerca de diez mil francos; he convencido a nuestro amigo Valdor, el agente de cambio con comisión del ocho por ciento que me lleva mis negocios, de que, una vez deducidos todos vuestros gastos, os quedaban al final del año doce billetes de mil francos, cantidad que le he hecho colocar

en una cuenta privada. Milord Kinsester (el apodo de Valdor era éste¹⁰) ha ido pregonando por todos lados que vuestro taller os renta más de veinticinco mil francos; ¡y acabáis de hablar con admiración del franco escaso que cuesta un par de guantes!

Féder se echó en sus brazos: eso era una amiga para él.

Desde que había tenido todos aquellos éxitos con un traje raído y una bisutería de latón, había seguido yendo a la Chaumière y a otros bailes de aquella clase. Rosalinde lo sabía y se desesperaba por ello. La cantidad de conocidos que tenían a Féder por un personaje melancólico se multiplicaba por diez cada año. Algunos de ellos lo habían visto en los bailes de la Chaumière, y él les había confesado que su libertinaje era desenfrenado, y que tal sensación era la única que podía distraerlo de sus desdichas. El libertinaje no rebaja a un hombre como lo hace la jovialidad: se le acabó perdonando, así que se habló con admiración de la locura que embargaba a Féder, el triste, cada domingo para complacer a las Amanda o Athénaïs que, durante la semana, *trabajaban* el sombrero y el vestido de costureras como Delille o Victorine.

10. «Milord Kinsester»: juego de palabras intraducible; «Kinsester» suena en francés como «Qui ne sait se taire» (Que no sabe callar). Es el apodo que dio Napoleón a su intendente Monsieur de Turenne, personaje avezado para la economía, muy hablador y anglófilo.

Un buen día hubo una disputa muy seria instigada por Rosalinde. El comportamiento de Féder era de lo más correcto con ella, que no podía tener queja, si bien solía lamentarse a menudo. Pero Féder, para pagarle la cantidad de trescientos diez francos y setenta y cinco céntimos, tuvo que hurgar en su chaleco para dar con los setenta y cinco céntimos. Ha de saberse que cuando Féder se fue a vivir con Rosalinde, que tenía un piso magnífico en el Bulevar, cerca de la Ópera, acordaron que él no pagaría la mitad de los ocho mil francos que costaba el alquiler, sino que abonaría los seiscientos veintiún francos y cincuenta céntimos que le costaba el estudio de soltero, en el quinto piso, que dejaba para irse a vivir con Rosalinde. Al pagarle el semestre correspondiente al alquiler de su estudio fue cuando dio muestras de una exactitud que le resultaba sumamente desoladora a Rosalinde.

—En verdad —decía ella, con lágrimas en los ojos—, lleváis vuestras pequeñas cuentas conmigo como si me fuerais a dejar mañana mismo. Entiendo que queráis poder decir a vuestros amigos: «Amé a Rosalinde», e incluso: «Viví con ella tres años, me siento totalmente en deuda con ella; logró para mis miniaturas los mejores lugares para exponerlas, pero, en cuanto al dinero propiamente dicho, siempre hemos sido como hermano y hermana».